

Construcción autogestiva de viviendas en un barrio pobre de la Ciudad de México

*Mario Ortega Olivares**

RESUMEN

Con la expansión del ejército industrial de reserva, la colonia Guerrero dejó de ser el barrio ferrocarrilero de la Ciudad de México y se transformó en un inmenso almacén de proletarios. Tras los sismos de 1985, un grupo de mujeres “solas” emprendió la reconstrucción de sus viviendas en el barrio, mediante la autoconstrucción. Sin más recursos que un sueño y apoyadas en la autogestión, no sólo edificaron sus casas sino que reconstruyeron sus vidas, con base en un gran sacrificio personal.

PALABRAS CLAVE: autogestión, autoconstrucción, mujer, pobreza, sismos.

ABSTRACT

With the expansion of the industrial reserve army, the Guerrero neighborhood was transformed from being the railway neighborhood of Mexico City into an immense warehouse of impoverished proletariat. Following the earthquake of 1985 a group of single women set about rebuilding their homes in the neighborhood, using self-build methods. With no other resources than a dream and backed by self-governance techniques, not only did they build their own houses but reconstructed their lives, on the cost of great personal sacrifice.

KEY WORDS: Self governance, self build, women, poverty, earthquakes.

El presente trabajo analiza el proceso de autogestión desplegado por una asociación de vecinas pobres residentes en un barrio del Centro Histórico de la Ciudad de México. Ellas se identificaban por ser mujeres “solas”, viudas, solteras o abandonadas, y porque se vieron obligadas a dejar sus hogares, derruidos por los sismos de 1985; lo que les obligó a embarcarse en un proceso autogestivo para construir sus viviendas. Fundaron así la organización Campamentos Unidos, en la colonia Guerrero, un barrio popular,

* Profesor-investigador, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.

vecino al de Tepito, donde Lewis descubrió la cultura de la pobreza, de la cual ellas eran portadoras.

En el proceso se trasgredió el orden: las mujeres fueron los albañiles y los estudiantes, arquitectos. Aprendieron que se puede producir sin amo. Más que edificar las viviendas, se reconstruyeron a sí mismas; algunas son ahora “maestras” de obra. Al terminar de edificar sus viviendas, ellas retornaron a su vida cotidiana, pero la organización pervive, aunque ya no con el nivel de participación inicial.

UNA SOCIEDAD DE OBREROS A LO “ROCHDALE”

La movilización proletaria ha acompañado a la colonia Guerrero desde su fundación. Por los años de 1873 a 1876, había crecido el descontento entre los pequeños círculos de obreros y artesanos afiliados en diversas mutualidades capitalinas. En respuesta a las huelgas de sombrereros y tejedores de 1874, el presidente Sebastián Lerdo de Tejada atendió la propuesta de Rafael Martínez de la Torre para promover una colonia de obreros y artesanos, casualmente en los terrenos que ya había adquirido. Presentado como un proyecto de regeneración urbana, benefició en última instancia al capital inmobiliario. El fraccionamiento se inauguró el 5 de mayo de 1874, un año después del Ferrocarril Mexicano, con un baile en el salón del Gran Círculo de Obreros, a cargo de Juan de Mata Rivera, director del periódico *El Socialista*. Lerdo de Tejada recorrió el fraccionamiento durante su primer aniversario. La colonia se edificó por autoconstrucción. El director de *El Hijo del Trabajo* reportaba, el 6 de agosto de 1876, que los artesanos construían con adobes sus talleres y viviendas.

En este barrio se constituyó también la primera cooperativa de consumo del país, a iniciativa de la Sociedad de Obreros de la Colonia Buenavista (hoy Guerrero), que funcionó según las bases utópicas de los tejedores de Rochdale, en el Reino Unido. El local de la sociedad obrera se ubicaba justo en el centro del fraccionamiento, donde existía una alameda.

Como el especulador no solicitó ningún permiso para crear el fraccionamiento, tampoco adquirió obligación alguna para dotarlo con servicios urbanos. En *El Hijo del Trabajo*, del 29 de julio de 1877,

los vecinos demandaban al Ayuntamiento la dotación de agua para los diez mil habitantes de San Fernando y Buenavista, quienes carecían totalmente del servicio; el problema no se resolvió hasta que los mismos vecinos costearon la obra.

LA HUELGA INQUILINARIA

Estamos en huelga, no pagamos renta.
SINDICATO DE INQUILINOS DEL DISTRITO FEDERAL

¡Proletarios de todos los países, uníos!

En 1922 se cimbra la capital mexicana, miles de inquilinos agrupados en un sindicato ubicado en el ex convento de Los Ángeles, en la colonia Guerrero, colocan la bandera rojinegra en sus balcones.

Al finalizar la primera quincena de marzo, 500 personas habían asistido a un mitin en solidaridad con la huelga inquilinaria estallada diez días antes en Veracruz; según Paco Ignacio Taibo II, los inquilinos capitalinos demandaban la reducción de las rentas en 25%; la reparación de las vecindades a cuenta de los caseros o descontando su costo del alquiler, y la formación de comisiones de higiene.

El naciente gremio inquilinario, extendió la agitación por los barrios, las esquinas y los patios de las vecindades pobres. La membresía del sindicato creció espectacularmente, pasando de 900, en marzo, a cerca de ocho mil, en abril.

Los sindicalizados exigían a los caseros la reparación y el acondicionamiento higiénico de las habitaciones, los excusados y el servicio de agua en las vecindades, si es que querían evitar la huelga. Cuando el casero no reparaba en un plazo de tres días, el comité lo hacía a cuenta del arrendamiento.

Los inquilinos promovieron la formación de un sindicato de construcción encargado de las obras, a cuenta de rentas no pagadas por la huelga. El 24 de mayo de 1922 terminaron, en el número 60 de la calle Degollado, la primera obra de reconstrucción independiente en la colonia Guerrero.

Además de las reparaciones, el sindicato exigía a los caseros la abolición de los depósitos sobre los inmuebles, la inspección conjunta, por el sindicato y el gobierno capitalino, de la salubridad

e higiene de las vecindades, y una reducción del 75% en el costo del alquiler. Las movilizaciones se sucedían, y el 23 de abril una manifestación de cinco mil inquilinos impidió un desalojo.

Aunque el tiempo borró el recuerdo de la gesta inquilinaria, la acción directa para impedir los desalojos arraigó entre los vecinos; todavía el estallido de cohetones moviliza a la colonia Guerrero en alarma general para impedir el lanzamiento de inquilinos pobres.

La huelga estalló el 1 de mayo con una manifestación encabezada por Manuel Díaz Ramírez que movilizó a 15 mil manifestantes. “Muchos más que los que reunían las dos manifestaciones obreras que se celebraron en la ciudad de México en la misma fecha, la cromista que moviliza a cinco mil trabajadores y la cegetista que rebasa los seis mil” (Taibo II, 1983).

En busca de una salida, el gobierno capitalino propuso la construcción de casas baratas en las afueras del Distrito Federal, buscando al mismo tiempo la expulsión de los pobres del centro urbano. La organización agrupaba ya 35 mil inquilinos, la mayoría de ellos en huelga.

El 18 de mayo, la CGT decide formar un nuevo sindicato inquilinario que no fuera dirigido por comunistas, aislando al movimiento del único apoyo con que contaba en el movimiento obrero. También la oficialista Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), creó una fantasmal Unión de Inquilinos del Distrito Federal, con la pretensión de controlar el movimiento. La medida fue acompañada por arrestos sistemáticos de dirigentes del movimiento inquilinario en la Ciudad de México.

Al declinar los mítines, el 12 de junio, el sindicato ocupó el ex convento de Los Ángeles, y a partir de entonces la colonia Guerrero fue centro y protagonista de las movilizaciones contra los caseros. Corrió el rumor del hallazgo de momias en los sótanos del convento.

El 23 de junio, cinco mil inquilinos se reunieron para exigirle al presidente Álvaro Obregón la liberación de los detenidos. Tras un receso por las elecciones, se reiniciaron los mítines en los primeros días de julio. Por su parte, los caseros, que ya se habían organizado, le exigían a la Presidencia actuar, y seguían desalojando y lanzando inquilinos con el apoyo oficial.

La noche del 5 de julio, el movimiento inquilinario en Veracruz fue masacrado. Al día siguiente, los sindicalizados capitalinos trataron inútilmente de evitar el desalojo de una vivienda en la calle de Magnolia, en la Guerrero.

El sindicato promovió un proyecto de ley inquilinaria ante la Cámara de Diputados el 17 de septiembre, que incluía rentas de un 15% anual del valor catastral de las vecindades; la desaparición de los depósitos; los arrendamientos por tiempo indefinido; no poder demandar el desalojo de una vivienda, aun sin el pago de rentas; la creación de un Departamento del inquilino dependiente del Distrito Federal; garantías a los inquilinos en caso de lanzamientos, y el control sanitario de las viviendas. La propuesta fue defendida en la Cámara de Diputados por Enrique Meza, Candelario Garza y Antonio Díaz Soto y Gama, entre otros. Al verse debilitado, el movimiento retrocede y manifiesta la intención de negociar; sin embargo, el proyecto fue bloqueado por Obregón.

A partir de octubre de 1922, las banderas rojinegras fueron desapareciendo de las vecindades, junto con el sindicato. Una "Casa del Pueblo" funcionó en el convento de Los Ángeles, por lo menos hasta 1925. La huelga inquilinaria fue derrotada, no sólo por la violencia, sino también por el sectarismo entre comunistas y anarquistas; esta experiencia no debe echarse en saco roto.

UTOPIÍA, SOLIDARIDAD Y AUTOGESTIÓN

Campamentos Unidos es algo así como una utopía urbana.

ANTONIO PAZ
(coordinador)

Después de los sismos de septiembre de 1985 en la Ciudad de México, el pueblo, pasmado por la ineficacia oficial, desplegó diversas acciones de solidaridad. La irrupción del pueblo movilizado sorprendió a los pesimistas, quienes tildaban a los capitalinos de ser una masa irresponsable, autodestructiva e incapaz de dirigirse por sí misma. La movilización se apoyó en las experiencias alcanzadas por distintos sectores urbanos durante el movimiento estudiantil de 1968.

Quienes contemplaban ciudad desde el cristal del egoísmo, no comprendían por qué la gente se comprometía masivamente con las labores de rescate, en lugar de lanzarse a la rapiña. La ciudad sin cabeza se autogobernó por un momento; cuestionando la lógica del interés privado, miles de personas rescataron a los atrapados entre los escombros. Se superó la norma de la equivalencia en la ayuda mutua, con una voluntad de sacrificio semejante al “dar más de lo que piensas recibir” kropotkiano o al evangélico “hay más alegría en dar que en recibir”.

Ante la fuerza superior de un terremoto, quienes vivieron la amenaza de perderlo todo superaron coyunturalmente la envidia, pero la lógica del egoísmo recuperó con celeridad su predominio.

En nuestra ciudad, la solidaridad fue una golondrina que no hizo verano; pero mientras se recuperaba el egoísmo privado, las uniones de vecinos aprovecharon el impulso solidario para iniciar innovadores programas de autoconstrucción. Pese al apoyo de profesores y estudiantes universitarios y el financiamiento internacional, no todos los proyectos lograron consolidarse. Quizá porque la autoconstrucción exigía mayores esfuerzos, una sólida organización y un compromiso pleno. La autogestión con la lentitud de sus ritmos, exigía a la familia permanecer recluida durante más tiempo en los campamentos provisionales.

El programa oficial de Renovación Habitacional desalentó a muchos vecinos con la oferta de entregarles su vivienda en un corto plazo, sin demandar mayor esfuerzo que su paciente espera. “En algunas vecindades rechazaron desde un principio la labor de autoconstrucción y en otras los vecinos se dividieron, reclamando unos sus derechos de ex vecinos y otros sus derechos por trabajar en la obra” (Cisneros, 1988:17). En este contexto, y cobijada por la utopía,

[...] nació Campamentos Unidos, con un origen democrático y pluralista, con una estructura organizativa horizontal, buscando impulsar la autogestión a todos sus niveles; proponiéndose como método la autoconstrucción, que tiene como eje fundamental el trabajo comunal, para reconstruir una nueva vida, una nueva ciudad y un nuevo país, más igualitario y más humano.

Entre los objetivos de la organización, estaban la eliminación del dominio vertical, la autogestión, la autoconstrucción y el trabajo comunal, entendidos como vías hacia lo humano.

En Campamentos Unidos se unieron la teoría y la necesidad. En pos de la utopía profesores y estudiantes nos asociamos con los damnificados y las fundaciones internacionales, soñamos con un proyecto de autoconstrucción de viviendas autónomo. En medio de grandes esfuerzos, construimos las viviendas y diluimos las ilusiones; consolidando una organización que quizás decepcionó a la utopía, pero que fue opción real para los damnificados.

LA AUTOGESTIÓN EN LA VECINDAD

El secreto de la autoconstrucción en Zarco 78, fue que ahí vivían “puras mujeres solas”: madres solteras, viudas, separadas o con esposos viejos. Las mujeres, al quedarse sin vivienda, resintieron su soledad:

—Lloraba mis lágrimas, ¿qué hacía yo sola?

Pero compelidas por su radical necesidad, con la ayuda mutua revirtieron la adversidad.

Éramos como veinte mujeres y como cuatro hombres, pero “hombres” que apenas acababan de cumplir 17 años y el esposo de una vecina, que tenía como 65 años; no se contaba con fuerza. Después, la organización nos ayudó a construir y más las mujeres, porque los hombres no nos creían: se sentaban enfrente con sus cervezas riéndose de nosotras y nosotras en friega. Los que sí ayudaron fueron la bola de mariguanos, drogadictos, viciosos y borrachos de la cuadra, pero cuando vieron de veras la friega, se retiraron. Y nos dejaron a las mujeres solas, fue muy bonito; Zarco 78 fue construido por puras mujeres, nada más contratamos tres albañiles para los muros, porque nos estaban saliendo desplomados; pero las señoras andábamos preparando la mezcla, moviendo ladrillos, cortando fierros y armando los castillos.

Aunque algunos hombres de la organización llegaban a la obra por las tardes, la fuerza de trabajo en Zarco 78 fue fundamentalmente femenina. Ellas realizaron las tareas más pesadas; señoras delgadas

de 52 kilos cargaban los botes llenos de mezcla. Las mujeres, en lugar de ver telenovelas, cargaban bultos de 50 kilos de cemento. Como la experiencia fue tan rica, algunas de las vecinas llegaron a ser supervisoras en otras obras de Campamentos Unidos. Una de ellas me comentó:

El sismo nos vino a sacar de la casa materialmente, para que la mujer demostrara que no nada más es un adorno en la casa, una fábrica de hijos; ya tengo hijas grandes que son las que se han hecho cargo de la casa. Empezamos en Zarco 78, ese terreno nos sirvió de escuela, ahí aprendimos lo que es un emparrillado, a armar cadenas, trabes, a hacer estribos, a sacar la medida de los diferentes alambrones para su fabricación. Nos costó nueve meses y eso quiere decir que está bien hecho, fue verdaderamente una autoconstrucción, después el profesor de la Facultad de Arquitectura me metió al frente de dos predios, la veo ahí muy dura pero pienso que vamos a salir adelante. Todo gracias al sismo, a unos los desgració, a otros nos benefició; y nos enseñó que la mujer puede hacer muchísimo si se lo propone, no nada más estar en la casa. Realmente fue durísimo, para que los sesenta hombres que tenía a mi cargo aceptaran mi mandato, primero me veían y decían: “No le hagas caso, está loca”. Hubo quien me retó: “La señora na’ más manda pero no nos enseña”. Desgraciadamente, tuve que saltar: “Hazte para allá, tú la mitad y yo la mitad”.

—Señora discúlpeme, yo pensé que na’ más mandaba por mandar.

—No, si no estoy aquí por “pendeja”, hijo.

Podemos valorar la transformación ocurrida en la vida de estas mujeres, al escuchar sus palabras:

El sismo estuvo grueso, pero para muchas de nosotras fue el nacimiento. Ese día empezamos en serio.

Con esa seriedad, se comprometieron con el trabajo de autoconstrucción, alterando su vida y la de sus familias.

Imagínese lo que significó para los hijos tener una mujer albañil en la casa, tener una mamá que sabe echar un colado, que tiene el poder de construir. Todo ha cambiado mucho, antes nada más platicábamos cosas frívolas; ahora ya hablamos de muchas cosas; ahora tengo muchas actividades. A veces pienso: el día que ya no haga nada, ¿qué voy a hacer? Ya me quedé acostumbrada, la casa ya no me llama la

atención; lo que más me gusta es la obra, los trabajos pesados. Primero decía: ¿yo un albañil? ¡Ay, no! Pero me encanta andar de *macuarro*, me hallo como pez en el agua.

Los hombres de las vecinas tuvieron dificultades para digerir los cambios, no entendían que, si ahora su señora dirigía toda una vecindad, y administraba recursos y materiales de construcción en un volumen realmente importante, era imposible que siguiera mansa y sumisa. Los machos cerrados al cambio, respondieron con la violencia. Algunas mujeres llegaban a la obra con los ojos morados y surgían los comentarios:

- ¿Qué te pasó?
- Me rompió la madre mi marido.
- ¿Por qué?
- Porque estaba en la construcción, por desobligada, anda celoso.

Las mujeres no se amedrentaron, con todo y sus golpes, continuaban en la obra; viviendo con su trabajo una rebelión, quizás inconsciente, ante el viejo orden familiar. En algunos casos, cuando el marido no pudo o no quiso cambiar, ocurrió la ruptura. Una vecina relató:

Al principio mi marido decía que me apoyaba, pero a los ocho meses empezó con los celos: “¿Por qué te habla todo el mundo? ¡Qué te importa si se cae la casa de al lado!”. Y finalmente dijo: “¡Me voy!”, y se fue [...] Espero que algún día recapacite y piense que perdió a sus hijos.

En otros casos, se consolidó la relación de pareja:

Mi esposo siempre estuvo conmigo, el arquitecto nos conoció desde la primera obra, en las clases de construcción, en todo estamos juntos. Yo creo que no todos los matrimonios están igual, siempre surgen problemas; nosotros los tenemos y, gracias a Dios, hemos salido adelante. Cuando tenemos un problema, tratamos de solucionarlo; eso es lo que a mí me ayuda. Desgraciadamente, no siempre hay de estos maridos; otros dicen: ¡sabes qué, a la casa!

También surgieron nuevas relaciones, mujeres que empezaron solas la autoconstrucción encontraron compañía. Las familias

fueron alteradas por la incorporación de las madres al proceso; sin embargo, el desenlace obedeció tanto a las características individuales de la pareja como a la coyuntura interna y a la historia particular de cada familia.

Paradójicamente, la alteración fundamental en la familia no fue la separación o no del compañero, elemento aleatorio en las unidades domésticas del centro de la ciudad, donde la mitad de los grupos constituyen familias no nucleares de tipo extenso con varios núcleos conyugales. Encabezados por mujeres en una proporción tan alta que la tercera parte de dichos grupos domésticos se autodenominan "familias de mujeres" (Mier y Rabell, 1986:26).

Las familias resintieron el incremento, la redistribución, e incorporación de nuevos miembros al trabajo extra doméstico a causa de la reconstrucción. La alteración ocurrió entre otras formas delegando el cuidado de los más pequeños sobre las hijas más grandes; enviando a los hijos con suficiente edad a las obras; traspasando la responsabilidad de obtener la parte fundamental de los ingresos a otro miembro de la familia extensa; aumentando el papel de las abuelas en el autoabasto y la preparación de alimentos, etcétera, tareas adicionales a las que cumplían los diversos miembros de la unidad doméstica antes del sismo.

La cerrazón e ineficacia de las autoridades capitalinas, generaron la organización vecinal en los barrios afectados, quienes se abocaron a coordinar la ayuda mutua en el rescate, a levantar albergues junto a las viviendas dañadas, a autoabastecerse en cocinas colectivas, donde lo mismo preparaban comida que biberones para los bebés; a promover dispensarios médicos, y a autoconstruir sus viviendas, con el apoyo financiero internacional y auxilio técnico universitario. Cuando reaccionó el Estado y reafirmó su hegemonía mediante la concertación democrática, retomó las riendas de la reconstrucción mediante el Programa de Renovación Habitacional Popular. El impulso autogestivo se vio frenado y la mayoría de los damnificados optó por aceptar el programa oficial, pues, a diferencia de los esfuerzos familiares exigidos por la autoconstrucción, Renovación Habitacional sólo pedía recluirse en los albergues para esperar pacientemente, la entrega de las semiviviendas, de escasos cuarenta metros cuadrados. En algunos casos, bajo presión de los vecinos y, en otros, por las presiones de Renovación, se desecharon los programas

de autoconstrucción, sobreviviendo solo unos cuantos. El Estado desarticuló la autogestión popular surgida durante los rescates reduciéndola a la gestión burocratizada frente a sus ventanillas.

Por suerte, no se frenó de manera absoluta el impulso autogestivo: las uniones establecieron algunos tianguis o bazares, dispensarios médicos, cooperativas de consumo y producción, mecanismos de autoabasto, centros de desarrollo de la comunidad, y escuelas populares de arte, entre otras innovaciones, dando un carácter organizado y colectivo a los esfuerzos de autosubsistencia, que hasta entonces habían sido desplegados de manera individual por los vecinos.

Estas expresiones de la autogestión son un pequeño pero significativo patrimonio para el movimiento urbano. La experiencia se extiende en la megalópolis como una alternativa social, gracias a la promoción de organismos no gubernamentales.

Si bien la experiencia ha sido estimulante, cabe preguntarse hasta dónde formas colectivas de autosubsistencia, como el trabajo de autoconstrucción y la autoayuda en salud, no son sino nuevas maneras de "autoexploración" que, de generalizarse, tenderían a reducir el valor de la fuerza de trabajo?, ¿la promoción de formas de autoayuda puede ser un punto de apoyo a las luchas populares?, ¿pueden enlazarse con formas complejas de luchas sociales, más allá de las reivindicaciones inmediatas y la habituación a las circunstancias?, ¿o se convertirán en distractores, alejando a los oprimidos de sus reivindicaciones centrales?

Enseguida, discutiremos algunos elementos básicos para entender los mecanismos de autoayuda, sus alcances y limitaciones para apoyar los esfuerzos del movimiento urbano, mediante una breve revisión de los conceptos de ayuda mutua y autogestión entre pensadores de diversas tendencias.

Y comentaremos los principios sustentados por algunos organismos promotores de la ayuda mutua en México.

LA UTOPIA AUTOGESTIVA

La construcción autogestiva no es ajena al pensamiento utópico. Cabet, en su célebre "Viaje a Icaria" (1848), comenta que Icar, después de derrocar al tirano Lixdox, promovió la reconstrucción

popular de viviendas bajo principios “científicos” (Krotz, 1988:73). Los icarianos asistían a comedores públicos, semejantes a las cocinas colectivas instaladas en los barrios centrales después de los sismos.

Para Bloch, citado por Krotz (1988:261), la utopía es una posibilidad, algo que todavía no ha llegado a ser, ni es consciente; pero que tiene una potencialidad concreta de existir. “Lo todavía no llegado a ser pero que está pendiente en el proceso del mundo”.

El socialismo utópico, su expresión más sólida, respondió a las infrahumanas condiciones de vida durante la época de la acumulación originaria, cuando las fallas del orden establecido impusieron la búsqueda de soluciones como el asociacionismo y la autogestión.

Los mecanismos de transformación propuestos fueron el “efecto de demostración” y el “contagio”. Con la fuerza del ejemplo intentaban atraer a la humanidad hacia sus propuestas, orientando sus esfuerzos a la formación de colonias modelo, núcleos de un proceso expansivo que habría de cambiar a la sociedad entera. En los hechos sus experimentos se aislaron y desaparecieron, o en el mejor de los casos sobrevivieron transformados en dispositivos de acumulación capitalistas.

Sus esfuerzos no cristalizaron porque todavía no era su momento, como no lo fue para el socialismo real. El proyecto de Cabet para formar una colonia basada en los principios de la comunidad de bienes no podía cristalizarse:

- a) porque sus fundadores estaban demasiado imbuidos por los prejuicios de la sociedad actual como para poder deshacerse inmediatamente de ellos, a su ingreso en Icaria.
- b) porque, una comunidad de bienes, sin periodo democrático de transición en el cual la propiedad personal no se transforme sino poco a poco en propiedad social, es tan imposible como es para el labrador recoger sin haber sembrado (Krotz, 1988).

Estas utopías surgieron en la Europa del siglo XIX, donde aún no se podían prever las condiciones materiales para la edificación de una sociedad sin desigualdades. Las limitaciones de las utopías generaron dudas y escepticismo en Popper, quien las consideraba expresiones del pensamiento irracional. Frente a

Popper, reconocemos que en el universo de las utopías por cada abrecaminos real se dan centenares de abrecaminos ilusorios. Pero ante las fantasías utópicas abstractas, la conciencia proyectiva anticipa una realidad humana futura en la medida de la posibilidad real, la cual reside ya en lo existente. Sin esta prospectiva, los seres humanos seríamos simples juguetes del destino, hojas a la deriva impulsadas por el viento de la fatalidad, incapaces de influir de una manera real en la orientación de su futuro.

A contracorriente del pesimismo europeo, la utopía florece con vitalidad en los movimientos latinoamericanos: desviando las luchas de la transformación esencial, pero dinamizándolas al mantener encendida entre los oprimidos la esperanza de que podrán cambiar sus vidas. Coincidimos con Bloch en que nada en la historia ha llegado a ser, sin haber sido bosquejado como sueño diurno, como aspiración. Es cierto, el mundo es un baño de agua fría para el proyecto utópico, pero sólo la esperanza puede evitar el fatalismo conservador.

La utopía nos recuerda que el mundo social no es algo dado de una vez y para siempre, sino una tarea por realizar. La realidad está sometida al cambio que armoniza sus acciones con el movimiento de lo existente. La utopía concreta es el concepto básico del principio esperanza; para que el sueño diurno adquiriera un carácter concreto, debe darse en lo existente, en lo que está presente, en algo que le corresponda. Se distinguen dos tipos de esperanza: la vivida como emoción temerosa, y la esperanza que es un acto cognitivo y no sólo emoción, el sueño de lo que es adecuado al hombre y que lo impulsa a actuar.

Coincidimos con Bloch en que el mundo nunca está acabado, pues se encuentra en un estado utópico abierto, en un estado que aún no se manifiesta como idéntico consigo mismo. Teniendo presente en todo momento que la esperanza no sólo puede frustrarse sino que tiene que ser frustrada o, de lo contrario, no sería esperanza; es decir, la permanente e insatisfecha demanda de una sociedad adecuada a la medida humana.

Se reconoce que América Latina no puede detenerse en la aspiración utópica, pues sus necesidades exigen la superación aquí y ahora de la dominación egoísta. La debilidad sindical generada por las reformas neoliberales confluye con la ignorancia y la represión, lo que dificulta el enlace entre conciencia y acción.

Las propuestas utópicas que florecen entre la pobreza, pese a ser abstractas e inconsistentes, demuestran que es posible trabajar sin patrón y producir entre iguales. Campamentos Unidos, con sus limitaciones, errores y aciertos, es una muestra palpable de que una asociación basada en la ayuda mutua es posible.

LA AYUDA MUTUA EN CAMPAMENTOS UNIDOS

Una de las estrategias de Campamentos Unidos ha sido la ayuda mutua en la autoconstrucción de viviendas. Bajo el impulso del rescate masivo, la ayuda mutua emergió como una alternativa viable para la reconstrucción. Con el apoyo de las experiencias del autogobierno en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y las uniones de vecinos en la regeneración de vecindades del Centro Histórico, diversos organismos e instituciones nacionales e internacionales ofrecieron su colaboración a los damnificados para autoconstruir. Las universidades ofrecían el apoyo técnico y las fundaciones el financiamiento a los proyectos promovidos directamente por los afectados. En este contexto, universitarios y damnificados impulsaron proyectos autogestivos para reconstruir las vecindades, mediante un novedoso intercambio de opiniones.

Todo indicaba que los programas de ayuda mutua serían la tónica de la reconstrucción en los barrios; sin embargo, las primeras experiencias demandaron un gran esfuerzo laboral y organizativo de los damnificados, así como lentitud en la construcción. En cambio, la oferta de Renovación Habitacional para entregar las viviendas en el menor tiempo posible y sin esfuerzo de los usuarios, encontró un campo fértil aun entre ciertos damnificados que ya habían decidido autoconstruir. Si a ello agregamos las trabas burocráticas interpuestas a la autogestión, es fácil entender porqué únicamente se lograron algunos proyectos de autoconstrucción. Campamentos Unidos, no sin dificultades, cristalizó el mayor número éstos.

El extraordinario esfuerzo de las mujeres en la primera vecindad autoconstruida atrajo la atención de las fundaciones y abrió la puerta a los financiamientos nacionales e internacionales. Además de su capacidad productiva y organizativa, otro rasgo que ganó el

apoyo para Campamentos Unidos fue la asesoría técnica ofrecida por un profesor de la Facultad de Arquitectura y la madurez del joven dirigente de la organización. Bajo la experiencia de Campamentos Unidos, la autoconstrucción dejó de ser una propuesta utópica para convertirse en realidad.

LA AUTOGESTIÓN DESDE LOS CLÁSICOS

Kropotkin identificó la ayuda mutua con la socialidad, por considerarla la mejor arma de las especies en su lucha por la existencia. Su ventaja sería brindar a los individuos la protección mutua requerida para alcanzar la vejez, acumular experiencia y lograr un alto desarrollo intelectual. Así se lograría un máximo crecimiento de los hábitos sociales, orientados a conservar el grupo, para garantizar una amplia difusión y la máxima evolución posible.

A la ayuda mutua se opone la autoafirmación porque impulsa al individuo a conquistar la superioridad personal o de casta en las relaciones económicas, políticas y espirituales. Y a romper los lazos que ejerce sobre el individuo la comuna aldeana. Por ello, el teórico ácrata valoraba en el mismo nivel la autoafirmación individual y la ayuda mutua.

Para Kropotkin, el mayor aporte de la ayuda mutua no ha sido en el plano productivo, sino en el de la evolución ética de la humanidad. La solidaridad superaría el afán de equivalencia en los intercambios sociales, al establecer el principio de "dar al prójimo sin contar, dar más de lo que se piensa recibir".

Otra estrategia de Campamentos Unidos fue la autogestión vecinal, para eliminar las estructuras horizontales, fortalecer las relaciones verticales de dirección y mantener la autonomía frente a los partidos políticos. También se intentó superar las brechas entre trabajo manual e intelectual, capacitando a los inquilinos en las técnicas de autoconstrucción e involucrando a los arquitectos en la construcción directa. Tal experiencia nos obligó a considerar y discutir los alcances de la autogestión dentro de las relaciones capitalistas.

La polémica por la autogestión refleja los antagonismos de la sociedad capitalista. Por un lado, el interés del capital de involucrar a los trabajadores en la racionalización de la producción y el

consumo y, por el otro, el deseo proletario de ejercer directamente y en forma colectiva su propio poder tanto en la producción como en la sociedad.

La autogestión en su vertiente utópica, promueve el control humano sobre su propia existencia frente a las coacciones económicas y políticas, aspirando armonizar las exigencias sociales con el interés individual. Por lo ambicioso de su proyecto, la autogestión no ha tenido oportunidad de pasar la prueba de la verdad, aunque algunos intentos han mostrado sus posibilidades y limitaciones. Entre las experiencias de avanzada, se encuentran los consejos populares emergidos durante los clímax revolucionarios. Sin embargo, desde la Comuna de París, tales consejos han florecido con la radicalización de los movimientos y han declinado al menguar el impulso revolucionario. Mandel identifica el germen de un socialismo autogestionario en las grandes huelgas, pero reconoce que siempre ha sido una impugnación potencial que no llega a ser una impugnación efectiva al poder capitalista. Como durante la revolución de 1917 en Rusia, cuando los *sóviets* o consejos obreros impusieron su control al convertirse los órganos de poder de las fábricas, barrios, pueblos y unidades militares. Su poder sobre las empresas fue instituido en 1917, para declinar junto con la revolución en la década de 1920. Sucesos similares ocurrieron en la Italia y la Alemania de la época.

Otra irrupción de consejos obreros ocurrió entre 1956 y 1957 en Hungría y Polonia durante los procesos de desestalinización. También emergieron durante la Primavera de Praga en 1968. En todos estos casos, se replicó la lógica del florecimiento y la declinación de la autogestión al ritmo de la radicalización social. Entre 1936 y 1939, la autogestión floreció en la República Española; el proceso fue tan rico, que una de las protagonistas, la "Pasionaria", feroz crítica del anarquismo, afirmó que entonces todo el Estado fue destruido y el poder pasó a la calle. En la Barcelona anarquista, las fábricas fueron administradas por comités revolucionarios y la ciudad, por asambleas de barrio.

La dirección de las fábricas autoadministradas tenía tres niveles: una asamblea general, que nombraba por dos años a un comité de gestión, cuya mitad era renovable cada año, y un director, que era designado

por el comité y a quien éste delegaba la totalidad o una parte de sus poderes [Franco dio un violento fin a ese amanecer de la utopía] (Arvon, 1982:83).

En la Yugoslavia del general Tito, la autogestión se delegó desde arriba hacia abajo para reorganizar la economía, descargando en los obreros la administración de las empresas. Los trabajadores se incorporaron con poco entusiasmo a la administración. Sin embargo, la experiencia muestra que los trabajadores desarrollan cierto oportunismo ante una autogestión forzada: si hay ganancia en la empresa, al ser colectiva, el beneficio es mío; y si la empresa colectiva pierde, entonces no es de nadie.

Según Mandel, los gérmenes de poder dual únicamente se consolidan bajo situaciones prerrevolucionarias; si se presenta un alto nivel de conciencia obrera, existe una organización radical y se cuenta con una educación sistemática previa. Para el autor, la agrupación de la vanguardia en un partido es muy importante en la consolidación de la autogestión, pues permite superar “la estrechez de horizontes” inevitable en todo trabajador que sólo posee una experiencia de lucha limitada, incompleta y, por tanto, falsa.

Durante la frustrada experiencia italiana de la década de 1970, Mandel convocó a vencer la separación entre la lucha cotidiana de los trabajadores y sus objetivos históricos, al levantar además de las demandas inmediatas otras no integrables por el sistema, como el control obrero, pues para él las autogestiones promovidas por los empresarios, en que los trabajadores coparticipan en la toma de algunas decisiones, no son sino utopías vacías mientras no vayan acompañadas por el derrocamiento previo del capitalismo. Además, se opuso a establecer la autogestión como un “poder obrero fraccionado y descentralizado por empresa, porque en la práctica actúa en favor del renacimiento generalizado de la economía de mercado cuyos efectos enajenantes no son menos nocivos que los de una burocracia centralizada” (Mandel, 1974:31).

De gran interés para el análisis de Campamentos Unidos fueron los resultados perniciosos de la aplicación práctica de la autogestión, bajo relaciones de producción burguesas, referidos por el teórico radical: *a)* las cooperativas autoadministradas como islas aisladas en un mar burgués se transforman inevitablemente en empresas capitalistas, y *b)* en estas experiencias de autoadministración

dentro del capitalismo se presenta la tendencia a transformar la energía de la vanguardia disponible para fines de agitación, en una enajenada energía productiva. A partir de esta última limitación, considero que en los proyectos autogestivos del Centro Histórico de la Ciudad de México, la autoconstrucción diluyó el empuje impugnador de los damnificados en el esfuerzo material para la producción de las viviendas.

LA AUTOGESTIÓN COMO UNA FORMA DE OPTIMIZACIÓN DE MERCADO

Aunque suene paradójico, hay empresarios que también se interesan en la autogestión, como una forma de corregir algunos defectos de la producción industrial. El modelo de autogestión empresarial defiende la propiedad privada y aspira a elevar la productividad mediante la autoexplotación. Busca limar la agudeza del despotismo industrial sobre los trabajadores y ganar legitimidad, al difundir la ilusión de que, con la autogestión, el mercado deja de ser opresor de los trabajadores y se convierte en su servidor.

La autogestión industrial retoma la obra de Owen, quien soñó en convertir las empresas en una especie de casas paternas de una gran familia. Al inyectar "satisfacción" en el trabajo, se reduce la caída de la productividad, con la que topa el fordismo al llegar a sus extremos en la división del trabajo. Para reducir la insatisfacción de los trabajadores, se introduce una especie de democracia en la industria y se sustituye la cadena de producción por formas de trabajo en equipo.

La empresa también restituye cierta autoiniciativa a los trabajadores, al formar grupos autónomos de producción. En la práctica, sus experiencias demuestran que sí se puede elevar la productividad en las empresas al: *a)* hacer participar a los trabajadores en la elaboración de sus objetivos, considerando los objetivos generales de la empresa; *b)* determinar con ellos los medios necesarios para la realización de sus objetivos; *c)* determinar con ellos los medios de regulación en la ejecución; *d)* explicitar con ellos los medios de control de la realización de esos objetivos y darles los medios para su autocontrol; y *e)* apreciar el valor y eficacia de los ejecutores a partir de los resultados obtenidos (Arvon, 1982:145).

Tras lograr que los trabajadores acepten como propios los objetivos de la empresa, se les otorga la autonomía necesaria para optimizar las tareas y cumplir las metas. Sin embargo, en América Latina predominan formas de taylorismo salvaje al margen de la modernización toyotista autogestiva.

LA AUTOGESTIÓN SOCIALDEMÓCRATA

Aunque el modelo de autogestión socialdemócrata se vincula al modelo empresarial de mercado e impulsa algunas reformas sociales, se limita a transferir una parte cada vez mayor del ingreso hacia los trabajadores. Previendo un posible contagio de la Revolución Cubana, la socialdemocracia europea y sus agencias internacionales impulsaron programas de autoayuda en América Latina durante la década de 1970. Por ejemplo, bajo el gobierno de Eduardo Frei en Chile, el Partido Demócrata Cristiano impulsó proyectos autogestivos bajo la consigna de una “revolución en libertad”.

Con el ascenso de Salvador Allende y la Unidad Popular, los demócrata-cristianos opusieron la autogestión a la nacionalización de las empresas, instrumentándola como un cambio para que todo siguiera igual. Paradójicamente, después del golpe militar de septiembre de 1973, la autogestión fue una zona de refugio para los obreros despedidos por sus posiciones políticas; se convirtió en un espacio de prácticas democráticas y participativas (Scurrah y Podesta, 1983:20-21). La experiencia chilena muestra que, a pesar de sus innegables limitaciones, la autoayuda aún cumple su efecto de demostración y puede ser una alternativa incipiente en el contexto latinoamericano.

LOS TÉCNICOS PROMOTORES Y LA AUTOGESTIÓN

La experiencia ha demostrado que, en los proyectos autogestionarios, los pobres desarrollan relaciones de dependencia respecto de los promotores; lo que les otorga poder dentro del programa. Los técnicos se autoidentifican como benefactores que, a cambio de su “desinteresada ayuda a los necesitados”, exigen anuencia y

agradecimiento. El profesional se puede involucrar con proyectos autogestivos a partir de motivaciones políticas, éticas o religiosas, en combinación con una alta dosis de idealismo que lo impulsa a entregarse al trabajo, sin medir ni esfuerzos ni horarios. Esas mismas motivaciones le hacen creer que siempre tiene la razón y la respuesta para todo.

En Campamentos Unidos, las autoconstructoras mantuvieron una actitud pragmática y utilitaria; sólo les interesaba construir su vivienda y, aunque no lo expresaran, consideraban un lujo el idealismo extravagante de los promotores. El paradigma del “profesional idealista” y “el vecino pragmático” permitió comprender relaciones conflictivas entre los vecinos de Campamentos Unidos y los promotores. El populismo surge en los proyectos autogestivos cuando se supone, *a priori*, que la gente siempre tiene la razón. Que cualquier idea de las bases populares es automáticamente justa al provenir de los oprimidos; dicho populismo es una versión extrema de la teoría del “buen salvaje”. Durante una evaluación de proyectos autogestivos, encargada por la Fundación Ford, la Organización Internacional del Trabajo, la Fundación Inter-Americana y Oxfam, se presentaron las siguientes conclusiones:

- La heterogeneidad política e ideológica en los proyectos hace imprescindible la negociación de un consenso mínimo sobre valores, objetivos y reglas de juego.
- Para evitar el caudillismo, no bastan los líderes alternativos, es necesario desarrollar normas y mecanismos de rotación en el poder.
- Como la autogestión es impulsada por la izquierda política, los proyectos corren el riesgo de convertirse en instrumentos partidarios (Scurrah y Podesta, 1983:91-92).

BIBLIOGRAFÍA

- Arvon, Henri (1982), *La autogestión*, México, Fondo de Cultura Económica.
 Cisneros, Armando (1988), *Rescate y reconstrucción del centro de la ciudad de México*, México, UAM-Iztapalapa (mimeo).
 Gortari, X. de y Y. Briseño (),
 Krotz, Esteban (1988), *Utopía*, México, UAM-Iztapalapa.

- Mier, M. y C. Rabell (1986), "Los damnificados por los sismos de 1985 en la ciudad de México", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLVIII, núm. 2.
- Mandel, Ernest (1974), *Control obrero, consejos obreros, autogestión*, México, ERA.
- Ortega, Mario (1995), *La utopía en el barrio*, México, UAM-Xochimilco.
- Scurrah y Podesta (1983), *Experiencias autogestionarias urbanas en Perú y Chile*, Lima, CEDEF.
- Taibo II, Paco Ignacio (1983), "Inquilinos del DF, a colgar la rojinegra", *Historias*, núm. 3.